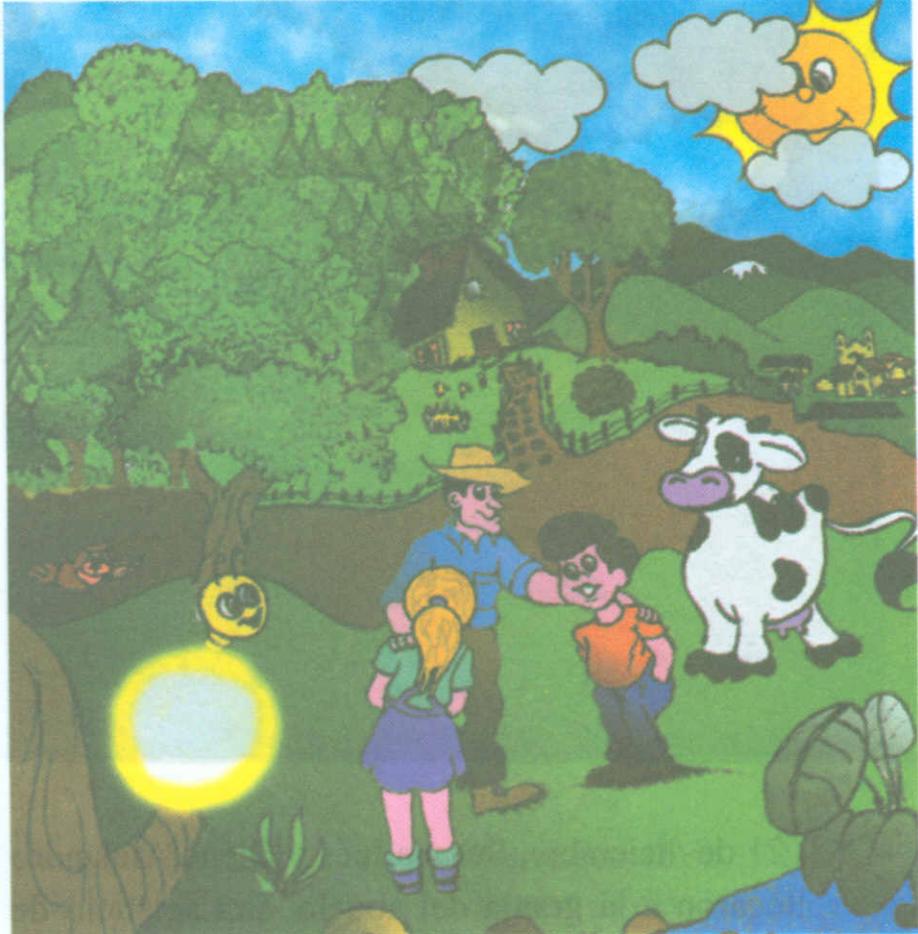




El 21 de diciembre, Susana Inés y Diego Alejandro llegaron a la granja del abuelo. Era solsticio de verano, el día más largo del año.

El viejo abrazó con ternura a sus pequeños nietos y entró con ellos a la casa en donde las arepas de mazorca, los panes de queso y el jamón de cordero aún permanecían calientes sobre la estufa de carbón. Para los chicos, esos días en la hacienda eran los más agradables del año, no sólo porque el abuelo los mimaba, sino por el maravilloso contacto con la naturaleza y los animales. Además, estaban hastiados de comer chitos,



chicles, alimentos enlatados, golosinas y toda clase de bodrios industriales que venden en los supermercados. Ahora, en la finca, comerían productos cultivados por el abuelo y tomarían jugo de frutas naturales. Treparían a los árboles, se bañarían en los arroyos, nadarían en lagos, pescarían en lagunas, contarían estrellas y se levantarían con el gorjeo de los pájaros. La granja estaba localizada en el extremo oriental de un interminable bosque en el que la flora y la fauna aún se conservaban silvestres.



Esa noche, para escudriñar el cielo estrellado, que parecía la capa de un mago cósmico, los muchachos decidieron dormir en la parte alta del granero en donde el abuelo guardaba heno. Les encantaba el lugar porque desde allí podrían apreciar la magnitud del bosque que se extendía hasta el horizonte de montañas.

Antes de ir a la cama, el abuelo estuvo con ellos por más de dos horas. En ese tiempo, el viejo relató cuentos y leyendas alusivas al lugar. El hombre tenía una copiosa colección de revistas, almanaques Bristol y publicaciones del Sistema Nacional para la Prevención y Atención de Desastres.

–Bueno, niños. Es importante, antes de explorar la región que conozcan la utilidad que los bosques tienen para la vida del hombre –afirmó el abuelo.



—En el colegio nos enseñaron que los bosques son un mar de árboles —dijo Susana Inés.

El abuelo sonrió por la reducida síntesis que había hecho su nieta. Acariciándole la mejilla le respondió:

—No, mi amor. Un bosque es más que un océano de árboles. Un bosque es fuente de riqueza para la humanidad, ya que provee la materia prima para la industria, tal como la madera, el carbón, leña, resinas, minerales, frutos, plantas medicinales, esencias para la elaboración de una gran can-



tividad de productos químicos y cristales como el cuarzo que se utilizan en la fabricación de relojes. Además, los bosques contribuyen a regular el clima y las lluvias. En las laderas de las montañas los bosques evitan la erosión de las tierras, los deslizamientos y los derrumbes.

—Eso que dices es cierto, abuelo. En mi clase de ecología el profesor explicó que los bosques son importantes para conservar los recursos naturales, ya que constituyen el hábitat de una gran variedad de fauna y flora silvestre —anotó Diego Alejandro.

—¡Claro! Ahora lo recuerdo. Una vez el profesor de ciencias naturales nos dijo que los bosques eran esponjas gigantes que almacenaban el agua por períodos largos y retenían la humedad —aclaró Susana Inés con entusiasmo.

—¡Muy bien, niños! Ya no deberán pensar más que los bosques son sólo árboles y chamizos. Cuando los exploremos van a encontrar líquenes, hongos, musgos,



insectos, microorganismos y una gran variedad de vida y vegetación que los científicos aún no han investigado.

Con estas palabras terminó el viejo la conversación, besó a cada niño en la frente y salió del granero. Susana Inés y Diego Alejandro estaban felices de dormir sobre la paja acompañados de una docena de gallinas, cuatro gallos, seis cabras, veinte patos, tres loros, ocho vacas y dos corpulentos perros de nariz achatada.

Una vez acomodados en la cama de paja, Susana Inés le dijo a su hermano:

—Oye, Diego Alejandro, apaga la lámpara para poder apreciar las estrellas.